



Invocación de Max Weber al Soneto 102 de Shakespeare*

Luis R. Oro Tapia**

*En memoria de los veteranos de los años sesenta, setenta y ochenta.
“¿Dónde están? ¿Qué se hicieron? ¿Habrán desquijado los robustos
leones o estarán amancebados con las alfombras del poder?
¿A qué océano fueron a naufragar?” P. Lot.*

Resumen

Este artículo tiene por propósito identificar y explicitar cuáles son las ideas que subyacen tras las imágenes que Max Weber utiliza para configurar su concepción de la vocación política. Cuando Weber intenta esbozar tal noción, en las últimas líneas de su conferencia *Politik als Beruf*, lo hace mediante un lenguaje que es altamente estético y críptico a la vez. Atendiendo a tal peculiaridad este artículo procura, en la medida de lo posible, convertir las metáforas en conceptos. Ello, con la finalidad práctica de ayudar al lector de *Politik als Beruf* a desentrañar el sentido del mensaje que Weber quiso transmitir a sus interlocutores. Si este ensayo alcanza su objetivo, será a costa de deslucir la plasticidad de las imágenes de las que se sirve el sociólogo alemán para delinear sus planteamientos.

Palabras Clave: Max Weber – Shakespeare – La política como profesión.

* Este artículo apareció publicado con el título “The invocation made by Max Weber of the sonnet 102 by Shakespeare”, en *Romanian Review of Political Sciences and International Relations*. Vol. II, Nº 2, 2005, pp. 35 a 42.

** Profesor de teoría política. Sus últimas publicaciones son: *¿Qué es la política?* (RIL Editores, Santiago de Chile, 2003), *La crítica de Carl Schmitt al liberalismo* en revista *Estudios Públicos*, Nº 98, año 2005 y *El poder: adicción y dependencia* Brickle Ediciones, Santiago de Chile, 2006. Correo: luis_oro29@hotmail.com

Abstract

The purpose of this article is to identify and explain the ideas underlying the images that Max Weber uses to make up his concept of political vocation. When he intends to outline such notion in the last lines of his conference “Politik als Beruf”, he does it by using a highly aesthetic and cryptic language.

This article takes this peculiarity into account and it tries, as far as possible, to turn the metaphors into concepts with the practical purpose of helping the reader to unravel the message that Weber wanted to transmit to his interlocutors. If this essay reaches its objective, it will be at the cost of tarnishing the plasticity of the images used by the German sociologist to point out his ideological platform.

Key words: Max Weber – Shakespeare – politics as a profession.

Contexto y Texto

¿Qué sentido tiene citar un poema de amor en un discurso que tiene por tema principal la política? Más aún, ¿cuál es la pertinencia de un soneto que alude al canto del ruiseñor, a la primavera y la alborada del estío en un contexto en que se habla del Estado, la violencia y el carácter demoníaco del poder?

El texto es una partícula del contexto. Por eso, para desentrañar el significado que tiene la segunda estrofa del soneto 102 de Shakespeare en la conferencia *Politik als Beruf* de Max Weber¹, es preciso aludir, aunque sea brevemente, al ambiente en el que ella fue dictada.

Max Weber pronunció dicha conferencia aproximadamente ochenta días después del término de la Primera Guerra Mundial. Alemania, como se sabe, perdió la guerra. Las tropas del Káiser Guillermo II capitularon en las cercanías de París antes de que los ejércitos aliados ingresaran en suelo alemán. La derrota convirtió los sacrificios realizados para ganar la guerra en penurias absurdas. Y no sólo la sangría demográfica (2,7 millones de jóvenes muertos), sino que también los esfuerzos económicos para financiar la contienda, además del padecimiento de frío y hambre causado por la escasez de combustibles y alimentos y, en fin, todas las incomodidades suscitadas por las restricciones en el uso de aquellos bienes que son indispensables en una incipiente civilización industrial.

¹ Existe una decena de traducciones de dicha conferencia al español. De ellas hay dos que sobresalen por su precisión y claridad. Una es de Francisco Rubio Llorente, que lleva por rúbrica “*La política como vocación*” y está incluida en el libro *El político y el científico* (Editorial Alianza, Madrid, 1967). La otra es de Joaquín Abellán, publicada con el título *La política como profesión* (Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1992). En este artículo ocuparé la traducción de Joaquín Abellán. Pero con la finalidad de que los lectores que poseen la versión de Editorial Alianza también puedan seguir mi argumentación registraré paralelamente, entre paréntesis, los numerales de página correspondientes a dicha edición. Para referirme a ella emplearé la expresión *Ed. Alianza*.

Toda guerra en términos humanos es un desastre, pero lo es mucho más para quienes son derrotados. Cuando los vencidos se sienten defraudados por la conducción de la guerra exigen explicaciones a sus líderes y, si los resultados son inexplicablemente adversos, no sólo buscan responsables sino que además culpables. En Alemania el sindicato fue el Káiser. Por eso, la derrota contribuyó a poner fin a la monarquía y su derrumbe suscitó un vacío de poder, con su respectiva crisis de gobernabilidad, que pronto devino en “revolución”. La sociedad alemana estaba dividida y se ensañó consigo misma. Ello dio pie a acusaciones y recriminaciones recíprocas, las que, junto a otras variables políticas, atizaron la discordia hasta llevarla al umbral de la guerra civil².

Alemania comenzó a vivir un momento crepuscular. Para unos era el crepúsculo del amanecer, para otros, en cambio, el del atardecer. Así, lo que estaba en ciernes podía ser el luminoso comienzo de una nueva era o, por el contrario, un naufragio nocturno en una latitud donde no se sabe si hay cerca tierra firme o no. En tales circunstancias todo parece, paradójicamente, posible e imposible a la vez³. En ellas se tiene la sensación de que todo está por hacerse y de que es factible de realizarse o, inversamente, que ya no hay nada más que hacer, excepto conservar y defender a ultranza lo poco que va quedando⁴.

Un protagonista crucial de ese tiempo crepuscular fue la juventud. Pero ella distaba de constituir un actor político unitario. Ella, en efecto, no estaba cohesionada en torno a una figura política indiscutida ni conformaba un grupo ideológicamente homogéneo.

En ella había sectores anarquistas, nacionalistas, comunistas y pacifistas cristianos y seculares. Ellos constituyen el grueso del público que asiste a la conferencia de Weber. Pero no obstante su heterogeneidad tienen algo en común: participan activamente en los acontecimientos políticos que están en marcha y se sienten auténticos políticos de vocación, en cuanto dicen tener -o creen tener- vocación para la política.

En seguida transcribiré el soneto 102 completo⁵. La estrofa que cita Weber la pondré en negrilla y cursiva. La traducción que aquí ocupó es ligeramente diferente de la que

² Cf. Claude Klein, *De los espartaquistas al nazismo: la república de Weimar*, Ediciones Península, Barcelona, 1970, p. 22 y ss.

³ De tal estado de ánimo da cuenta, de manera emblemática, un discurso pronunciado por Kurt Eisner el 17 de noviembre de 1918 en Munich. En su alocución, este joven dirigente político, constata que “el mundo aparece hecho añicos, perdido en el abismo”. No obstante, ello es motivo de júbilo puesto que “súbitamente en medio de la oscuridad y la desesperanza estallan los sonidos de las trompetas, proclamando un nuevo mundo, una nueva humanidad, una nueva libertad”. Citado por Stephen Lamb en su trabajo titulado “Los intelectuales y el desafío del poder: el caso de la Räterepublik de Munich”. Ensayo incluido en el libro de Anthony Phelan, *El dilema de Weimar: Los intelectuales en la república de Weimar*, Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990, p. 183.

⁴ Weber, Marianne, *Biografía de Max Weber*, FCE, México, 1995, p. 574.

⁵ Probablemente el soneto era parte del acervo cultural de la juventud de la época, o estaba de moda, cuando Weber pronunció su conferencia. De ser así, se puede presumir entonces que el auditorio lo conocía a cabalidad y en virtud de ello Weber se sirvió de él para aumentar la eficacia comunicativa del mensaje que intentaba transmitir.

aparece en las diversas ediciones en español de *Politik als Beruf*. En ellas los traductores tratan de conservar el número de sílabas de cada verso, al costo de forzar el mensaje del poeta. En cambio, la traducción que transcribo más abajo es más libre en cuanto al “metro”, pero se ciñe más al mensaje que quiere transmitir el hablante lírico.

Mi amor es más fuerte, aunque más débil en apariencia; no amo menos, aunque parezca que amo menos.

Es amor mercantilizado el que es pregonado a toda voz por su poseedor.

Nuestro amor era lozano y primaveral, cuando yo acostumbraba a celebrarlo con mis rimas, pero ahora es como el del canto del ruiseñor al acercarse el estío que termina por apagarse al avanzar los días maduros.

No es que el estío sea ahora menos apacible que cuando sus hermosos himnos hacían callar la noche, pero ya discorde rebalsa de todas las ramas la música, y las cosas dulces, al vulgarizarse, pierden su apreciado deleite.

Así como él yo guardo mi flauta porque no quiero seguir ajando vuestra alegría con mi canto.

Amor y Política

El motivo del soneto es el amor. En él se contraponen el ímpetu del amor juvenil a la serenidad del amor maduro. Weber al apropiarse del soneto retransmite el mensaje del hablante lírico a los jóvenes, pero en clave política.

Así, el motivo del soneto ya no es el amor erótico, sino que ahora es la política. En efecto, el destinatario del mensaje ya no es una pareja de jóvenes que disfruta de la embriaguez del deleite amoroso, sino que ahora es la juventud que se siente fascinada por la política.

En ambos casos se trata de la embriaguez, fascinación y arrobamiento que suscita el objeto amado. Y en ambos casos los sujetos que experimentan intensamente las pasiones son personas jóvenes. A partir de tales similitudes se puede establecer un paralelo entre el ímpetu amoroso y el entusiasmo por la política. Así establecida la ecuación, queda claro, entonces, que los destinatarios inmediatos del mensaje son los jóvenes que proclaman tener, o que creen tener, vocación para la política, en cuanto se sienten fascinados, atraídos o encantados por ella.

La pregunta que implícitamente está haciendo Weber a los jóvenes es si la pasión que sienten por sus respectivas amadas es de similar índole a la fruición que sienten por la política. Si la respuesta a esta pregunta es afirmativa surgen otras interrogantes. En primer lugar, si la continuidad de una actitud está garantizada por el sólo hecho de

sentir intensamente una emoción en un momento dado. Y ésta remite a otra: ¿qué tan estables son los sentimientos?

El llamado de Weber es a no confundir el enamoramiento con el amor. Uno es intenso, abrasador y fugaz. El otro recatado, apacible y duradero. Quienes están más expuestos a incurrir en tal indistinción son los jóvenes que experimentan pasiones intensas, pero evanescentes. El ímpetu de ellas los induce a sobrestimar la magnitud y consistencia de sus sentimientos y simultáneamente los impulsa a realizar actos temerarios de los que después son reacios a hacerse responsables.

Así como es necesario distinguir el enamoramiento del amor, análogamente es indispensable distinguir el entusiasmo de la vocación.

¿Qué es la vocación? Como punto de partida hay que señalar que la vocación es algo más que un estado de ánimo que predispone favorablemente a realizar un determinado tipo de quehacer. En efecto, es algo más que un entusiasmo pasajero por aquello que resulta atrayente. La vocación es una motivación persistente en el tiempo, en cuanto permanece lozana a pesar del paso de los años. Ella, por cierto, no se marchita con las vicisitudes de la vida, ni es mutilada por los vaivenes anímicos, ni es amagada fácilmente por la adversidad.

En el primer verso que está en cursiva se habla de un amor idealizado que se perpetúa en una eterna primavera, que se traduce en un perenne bienestar. En él no se hace alusión a los días difíciles y menos aún a la manera de afrontarlos cuando ellos sobrevengan. El llamado de Weber es a evitar ver la realidad a través de un visillo de idealizaciones y ensoñaciones. Es una invitación a abandonar el romanticismo político. No hay correspondencia entre la vida política real, menos aún en una situación revolucionaria que por definición es violenta, y el lugar apacible que describe el soneto. En el segundo verso (en cursiva) se refiere a la celebración de la situación descrita en el verso anterior, que análogamente corresponde a la exaltación del proceso revolucionario, a la euforia que produce la pasión política que ha suscitado “este carnaval al que se le embellece con el orgulloso nombre de revolución”⁶.

La vida política no tiene nada de poética. Menos aún durante un proceso revolucionario. Las revoluciones no estallan en lugares apacibles ni en sociedades donde reina el amor. Por eso Weber, con cierto dejo de ironía, advierte a los jóvenes que se sienten arrebatados por el ímpetu revolucionario que “sería muy bello que las cosas fueran de tal modo que se pudiera aplicar el soneto 102 de Shakespeare”⁷. Sin embargo, la vida real dista del talante anímico que trasunta el soneto. Más aún durante el transcurso de una revolución, pues en ellas las relaciones humanas se tornan más tensas y abrasivas e incluso violentas. Mientras ella dure, la violencia permanece al acecho y la irrupción de ésta puede traer consigo devastación, sufrimiento y muerte.

⁶ Cf. Max Weber, *La política como profesión*, p. 145 (Ed. Alianza, p. 153).

⁷ Cf. Max Weber, *La política como profesión*, p. 163 (Ed. Alianza, p. 177).

En efecto, “lo que hay fuera” -en la calle, en la manifestación, en la barricada- es una realidad diferente de la que esboza el soneto. La política tiene sus cuotas de incertidumbre y ciertas dosis de coerción y antagonismo. Ellas aumentan su intensidad durante una revolución. Así, por ejemplo, el antagonismo verbal deviene en conflicto existencial, con lo cual la palabra es reemplazada por la fuerza y el espacio del antagonismo se traslada de la tribuna a la calle. En efecto, las luchas callejeras entre las facciones en pugna ponen en riesgo la vida de los antagonistas y si la intensidad del conflicto sigue creciendo puede alcanzar el umbral de la guerra civil. Así, el quehacer político cuando está impregnado de tensiones y antagonismos se asemeja más a la frialdad de una noche polar que cobra sus víctimas que a la apacible calidez de una mañana primaveral. La actividad política no tiene nada de poética en el sentido estético del término.

En conclusión, Weber quiere establecer un contrapunto entre la realidad que describe el soneto, especialmente en sus dos primeras líneas, y el mundo externo. Incita a los jóvenes a admitir las circunstancias concretas en las que ellos están insertos: un país devastado, una revolución en marcha y un futuro incierto. En ella no hay primaveras ni trinos de aves mañaneras. Por el contrario, más bien parece estar incubándose el advenimiento de una noche polar.

Desengaños y Política

Weber no pretende sugerir a los jóvenes que dejen de soñar. Su mensaje es otro: que lo hagan, pero sin perder de vista la realidad factual. Es más, los insta a perseverar en sus sueños. Con tal propósito les recuerda que la historia demuestra que no se hubiese alcanzado lo posible si no se hubiese intentado una y otra vez lo imposible⁸. Sin embargo, quien quiera proponer ideales de perfección primero debe mirar al mundo tal cual es y al hombre en su desnuda realidad, con sus potencialidades y debilidades, porque solamente atendiendo a ellas se pueden elaborar ideales que sean factibles de materializar.

Si algunos intentos por cambiar el mundo efectivamente han tenido éxito se debe a que quienes los llevaron a cabo estaban conscientes de las peculiaridades de la materia con la que operaban y supieron en qué momento actuar. Si pudieron alcanzar sus metas fue porque persistieron en su empeño, actuaron de manera prudente y conocían a cabalidad los recovecos del alma humana. Por cierto, disponían de vocación, talento y sabiduría. La primera incita a perseverar en las metas que se quieren alcanzar; el segundo sugiere de manera prudente los cursos de acción a seguir; la tercera brinda un conocimiento razonable de orden práctico.

La conjunción de tales cualidades permite incrementar las probabilidades de tener éxito en el enrevesado mundo de la política, entendido éste como el logro de los fines

⁸ Cf. Max Weber, *La política como profesión*, p. 164 (Ed. Alianza, p. 178).

propuestos. Tales exigencias y complejidades quedan en evidencia cuando Weber les recuerda a los jóvenes que “la política consiste en horadar lenta y profundamente unas tablas duras con pasión y distanciamiento al mismo tiempo”⁹. En efecto, para alcanzar las metas, y así el éxito, es necesario saber de qué fibra, de qué madera, está hecho el hombre, pues él es la materia sobre la que se opera. También es necesario no cejar frente a la adversidad, ni dejarse amilanar por las dificultades y la magnitud de las tareas a realizar. Asimismo se debe tomar distancia de la pasión puesto que obnubila la capacidad para razonar, pero teniendo el cuidado de que permanezca siempre viva porque ella es el motor de la acción. Si ella se extingue muere la vocación y sobreviene el desgano, la apatía y el inmovilismo.

Sin embargo, se corre el riesgo de que la persistencia se transforme en tozudez. El empecinamiento que ésta suscita, al no poner reparo en los efectos colaterales que genera, puede terminar desacreditando las metas que ella misma quiere alcanzar. Para evitar tal estropicio, la persistencia debe estar asistida por la prudencia. Ésta es quien determina en qué momento es oportuno actuar y discierne sobre la pertinencia de los medios que se deben emplear para insistir, una vez más, en el fin que se pretende alcanzar. La elección de los medios es clave, porque si ellos no son los adecuados se puede poner en riesgo la existencia misma del ideal en cuanto tal. Por cierto, se debe evitar que los medios desacrediten, difamen e incluso lesionen gravemente el prestigio del ideal que se desea implementar¹⁰.

¿Cómo van a reaccionar los jóvenes, en el ocaso de la primavera, cuando tengan las primeras sospechas de que la política es un conflicto de intereses que se disfraza como lucha de principios? Al final del verano, cuando ya estén cayendo las primeras hojas, comenzará a escucharse el inquietante palpitar de la verdad fáctica que se oculta tras el follaje semántico. Ella con su muda presencia interpelará la retórica de los políticos que dicen actuar inspirados por valores sublimes. Es el momento en que comienza a insinuarse el rostro duro de la realidad y su aceptación o rechazo constituye la prueba de fuego para discernir si alguien tiene vocación para la política o no. Es la hora del despertar atónito, del parpadear incrédulo y del preludio que anuncia el ocaso de las ensoñaciones. Ese preludio “*es como el canto del ruiseñor al acercarse el estío que termina por apagarse al avanzar los días maduros*”. Esta imagen del derrumbe de las ilusiones y del declive del brío estival, de la armonía bucólica orquestada por el ruiseñor, dará paso a una realidad grisácea que no tardará en tornarse macilenta y en suscitar una sensación de desconsuelo aun en el alma de los más optimistas.

⁹ Max Weber, *La política como profesión*, p. 164 (Ed. Alianza, p. 178).

¹⁰ Un buen ejemplo de ello es la alusión que Weber realiza sobre las condiciones de paz leonina impuestas a Alemania al término de la Primera Guerra Mundial. Al respecto sostiene que con el tiempo no quedará desacreditada la guerra sino que la paz, como después efectivamente ocurrió. Cf. Max Weber, *La política como profesión*, p. 152 (Ed. Alianza, p. 163).

¿Qué sucederá cuando despunte el alba, cuando haya quedado atrás la magia de la noche, y la luz matinal permita ver claramente el contorno y el dintorno de las cosas? ¿Cuál irá a ser nuestra actitud cuando dejemos atrás las ensoñaciones nocturnas y observemos la realidad a plena luz del día? ¿Cambiaremos nuestro juicio acerca de la realidad? ¿Aceptaremos la realidad con sus testarudas imperfecciones o insistiremos en seguir viéndola como algo potencialmente bello y perfectible? ¿Intentaremos cambiarla o renegaremos de nuestros ideales de la noche anterior?

¿Qué sentimientos irán a experimentar los jóvenes entusiastas en las últimas horas del día al final del verano? ¿Sentirán nostalgia por lo que se fue y no volverá? ¿Se quedarán con sus miradas ancladas en el pasado? Si las respuestas a estas interrogantes son afirmativas es porque fueron incapaces de asumir la realidad en su cotidianidad, tal cual ella es. Al negarse a aceptarla se evaden de ella. ¿A dónde? Hacia el pasado o el futuro. Y tal huida los incita a refugiarse en idealizaciones, creando así mundos de fantasía acordes a sus ensoñaciones. En el fondo, entonces, carecían de la fuerza de voluntad y la dureza de alma necesaria para sobreponerse a los continuos desencantos y frustraciones que suscita la lucha política¹¹. Por consiguiente, habría que concluir que no tenían vocación para la política.

De Pie en Medio de las Ruinas

La política gradualmente comienza a perder su encanto y, a causa de ello, van desapareciendo los políticos que viven para ella y no de ella. Los escasos hombres que ingresan a la política guiados por nobles motivos pronto ven truncados sus sueños por el propio funcionamiento del campo de la política. Las entrañas de la política están hechas de asperezas, fricciones y resquemores y no todos los que a ella ingresan son capaces de afrontarlas sin costo alguno para sus ilusiones¹².

La desilusión es un capítulo muy avanzado de la ilusión. Sólo puede sentirse desencantado de la política aquel que una vez se sintió encantado por ella. ¿Quiénes estarán menos expuestos a experimentar tales decepciones? Los que han nacido con los ojos abiertos. Ellos han asumido el mundo tal cual es, con todas sus asperezas, por consiguiente no requieren de ideales acorde a sus ensoñaciones para cobijarse de sus inclemencias. Ellos pueden prescindir de los visillos románticos y mirar cara a cara la realidad sin sentir pavor. Por eso son inmunes a los sortilegios que tienen por misión encantar el mundo y hacerlo más llevadero.

¹¹ Por cierto, la política no solamente es fuente de satisfacciones, sino que además de “continuas decepciones” y frustraciones. Max Weber, *La política como profesión*, p. 144 (Ed. Alianza, p. 152).

¹² La pregunta que Weber de manera implícita les realiza a los jóvenes es: si sus tiernos ideales en flor serán capaces de sobrevivir a los fríos de la otoñada. Por eso, les dice: “me gustaría saber qué ha sido interiormente de aquellos de ustedes que se sienten ahora como políticos de convicciones y que participan de la embriaguez que significa esta revolución”. Max Weber, *La política como profesión*, p. 163 (Ed. Alianza, p. 177).

Se suele decir que el paso de los años va amagando la capacidad de soñar y va apagando la sed de ideales. Pero no todos los hombres son iguales. También es posible encontrar ancianos soñadores. Quizás sería más justo decir que todos los hombres son ilusos y realistas al mismo tiempo. Sin embargo, ello no significa en modo alguno que todos sean igualmente ilusos o realistas en un mismo dominio de la realidad ni respecto a las mismas cosas al interior de ese dominio.

Pero si existe algún dominio de la realidad en el que es indispensable ser un realista, lo que en última instancia significa ser un perspicaz conocedor de la naturaleza humana, ese dominio es el de la política¹³. La mayoría de las veces se trata de un conocimiento intuitivo o por connaturalidad que tienen algunos individuos respecto de sus congéneres¹⁴. Generalmente se trata de una aprehensión espontánea y profunda de un determinado segmento de la realidad¹⁵. Por cierto, tal conocimiento rara vez se adquiere de manera teórica, sin embargo, tampoco está asociado invariablemente a la longevidad ni al haber tenido un determinado tipo de vivencias.

La experiencia no implica necesariamente el haber vivido cierta cantidad de años. Sólo adquieren el estatus de experiencias aquellas vivencias que han sido previamente reflexionadas y asimiladas. Por cierto, el acta de nacimiento no garantiza por sí misma la posesión de la experiencia necesaria para evitar dejarse encandilar por el éxito ni para sobrellevar la adversidad con entereza. La experiencia, por el contrario, supone un cierto tipo de actitud que se caracteriza por “haber aprendido a mirar sin reservas las realidades de la vida y la capacidad para soportarlas y para estar interiormente a su altura”¹⁶.

Pero no todos los hombres están hechos de la misma madera. Por eso Weber interpela a sus auditores¹⁷ y los invita a que imaginen qué va a ser interiormente de cada uno de ellos cuando abran los ojos, cuando asuman la realidad factual. Por eso, desde el punto de vista humano, la pregunta sigue en pie: ¿qué va a suceder con el optimismo de los jóvenes cuando descubran que tras los “valores” se ocultan los intereses? ¿Irá a ser ese el instante en que definitivamente se desvanecerán las ilusiones primaverales o, por el contrario, irá a ser el momento en que ellas se aquilaten? Si sucede esto último el calor del verano será su crisol y el frío invernal la fuente en la que serán templadas. Así, los

¹³ Un político profesional -esto es, con vocación y talento a la vez- debe estar familiarizado con las sinuosidades de la naturaleza humana. El estadista, según Butterfield, debe “conocer a los seres humanos tal como verdaderamente son y entendedérselas con ellos como tales”. Butterfield, Herbert: *Conflicto internacional en el siglo XX. Una visión cristiana*. Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1961, p. 23. También hay una reflexión similar en el trabajo de Eduardo Spranger titulado *Formas de vida. Psicología y ética de la personalidad*. Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1966, p. 262 y ss.

¹⁴ Cf. Jorge Eduardo Rivera, *De asombros y nostalgias*, Ediciones de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 1999, p. 145 y ss.

¹⁵ Cf. Isaiah Berlin, *El sentido de la realidad*, Editorial Taurus, Madrid, 1998, p. 79 y ss.

¹⁶ Max Weber, *La política como profesión*, p. 162 (Ed. Alianza, p. 175).

¹⁷ Cf. Max Weber, *La política como profesión*, p. 163 (Ed. Alianza, p. 176).

jóvenes se tramsutarán en viejos. Pero la palabra “viejo” aquí significa ser poseedor de cierto temple de ánimo y éste no necesariamente supone tener una cifra abultada de años. Es la capacidad de mirar con desenfado al mundo, pero sin claudicar a él. Por eso Eduardo Ortiz dice, con toda razón en mi opinión, que el realismo político es básicamente una actitud frente a la vida y el mundo¹⁸. La vejez supone conocer los pliegues de la naturaleza humana, los laberintos del alma, las motivaciones, ambiciones y miedos ocultos que propulsan y direccionan el comportamiento de cada uno de nosotros. En tal sentido Max Weber afirma -probablemente rescatando el tenor de las palabras que Dostoievsky pone en boca de El Gran Inquisidor¹⁹- que si “el demonio es viejo; haceros, pues, viejos para entenderlo”²⁰.

El ruiseñor, como ave de la hora del crepúsculo, simboliza el despertar y el declive de una pasión; representa el paso del enamoramiento al amor; el tránsito del entusiasmo por la política a la genuina vocación política. Así la auténtica vocación política resulta ser ajena a los aspavientos, pues ella comienza a afianzarse en la medida en que el ruiseñor va callando. Éste es el sentido que tienen los cuatro primeros versos del soneto: “*Mi amor es más fuerte, aunque más débil en apariencial; no amo menos, aunque parezca que amo menos. Es amor mercantilizado el que esregonado/ a toda voz por su poseedor*”. En efecto, el soneto relata metafóricamente una transición emocional, desde un ánimo alegre y optimista suscitado por el entusiasmo que generan las ilusiones políticas, hasta su posterior declive cuando ellas pierden su vigor y comienzan a desfallecer tras ser sobreexplotadas por la retórica sentimental²¹. Ellas, finalmente, expiran a causa de la apatía, el hastío y la decepción. De hecho, el tedio deviene rápidamente en fastidio. Y es así como las cosas dulces, al vulgarizarse, pierden su apreciado deleite. Pero aquellos que permanecen inmunes, en lo esencial, a tal proceso de desvanecimiento de los ideales, de evaporación de las ilusiones, y que son capaces de mantenerse de pie en medio de las ruinas y que pueden decir “*dennoch*, no obstante, a pesar de todo, sólo éstos tienen vocación para la política”²², concluye Weber.

Verdades que Matan

Al momento de cerrar este artículo es pertinente recordar la primera andanada verbal con la que Weber espeta a su auditorio: “La conferencia que por deseos de ustedes he de pronunciar hoy les defraudará por diversas razones”²³. La advertencia es clara: la

¹⁸ Cf. Eduardo Ortiz, *El estudio de las relaciones internacionales*, FCE, Santiago de Chile, 2000, p. 100.

¹⁹ Cf. Max Weber, *La política como profesión*, p. 155 (Ed. Alianza, p. 167).

²⁰ Max Weber, *La política como profesión*, p. 161 (Ed. Alianza, p. 175).

²¹ Cf. Harold Bloom, *Shakespeare. La invención de lo humano*, Editorial Norma, Bogotá, 2001, pp. 705 y 706.

²² Max Weber, *La política como profesión*, p. 164 (Ed. Alianza, p. 179).

²³ Max Weber, *La política como profesión*, p. 93 (Ed. Alianza, p. 81).

conferencia decepcionará. Los primeros desencantados serán aquellos que esperaban oír palabras dulzanas del maestro. Ellas son, por el contrario, de un realismo descarnado. ¿Por qué? Porque la intención de Weber es incitar a sus oyentes a asumir con responsabilidad el juego de la política.

El téngase presente es para aquellos que se autocalifican de políticos de convicciones. Éstos rehúyen el carácter enrevesado y paradójico de la realidad factual. Pero si Weber acentúa demasiado su realismo corre el riesgo de amagar el idealismo de los jóvenes.

Acaso, ¿no será mejor que guarde silencio para evitar que se marchiten tantos ideales en flor? Si opta por ello, su mutismo será como el del ruiñón. En efecto, él se abstendrá -al igual que el ave mañanera- de enrostrarles toda la verdad a los jóvenes por respeto a sus ilusiones. Por eso, invocando al ruiñón (o transmutándose en él) también pudo haber concluido su conferencia con los últimos versos del soneto: *“Así como él yo guardo mi flauta, / porque no quiero seguir ajando vuestra alegría con mi canto”*.

Bibliografía

- Berlin, Isaiah. *El sentido de la realidad*, Editorial Taurus, Madrid, 1998
- Bloom, Harold. *Shakespeare. La invención de lo humano*, Editorial Norma, Bogotá, 2001.
- Butterfield, Herbert. *Conflicto internacional en el siglo XX. Una visión cristiana*. Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1961.
- Klein, Claude. *De los espartaquistas al nazismo: la república de Weimar*, Ediciones Península, Barcelona, 1970.
- Lamb, Stephen. “Los intelectuales y el desafío del poder: el caso de la Räterepublik de Munich”. En Anthony Phelan, *El dilema de Weimar: Los intelectuales en la república de Weimar*, Ediciones Alfonso el Magnánimo, Valencia, 1990.
- Ortiz, Eduardo. *El estudio de las relaciones internacionales*, FCE, Santiago de Chile, 2000.
- Rivera, Jorge Eduardo. *De asombros y nostalgias*, Ediciones de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 1999.
- Spranger, Eduardo. *Formas de vida. Psicología y ética de la personalidad*. Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1966.
- Weber, Marianne. *Biografía de Max Weber*, FCE, México, 1995.
- Weber, Max. *El político y el científico*. Editorial Alianza, Madrid, 1967.
- Weber, Max. *La política como profesión*. Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1992.

